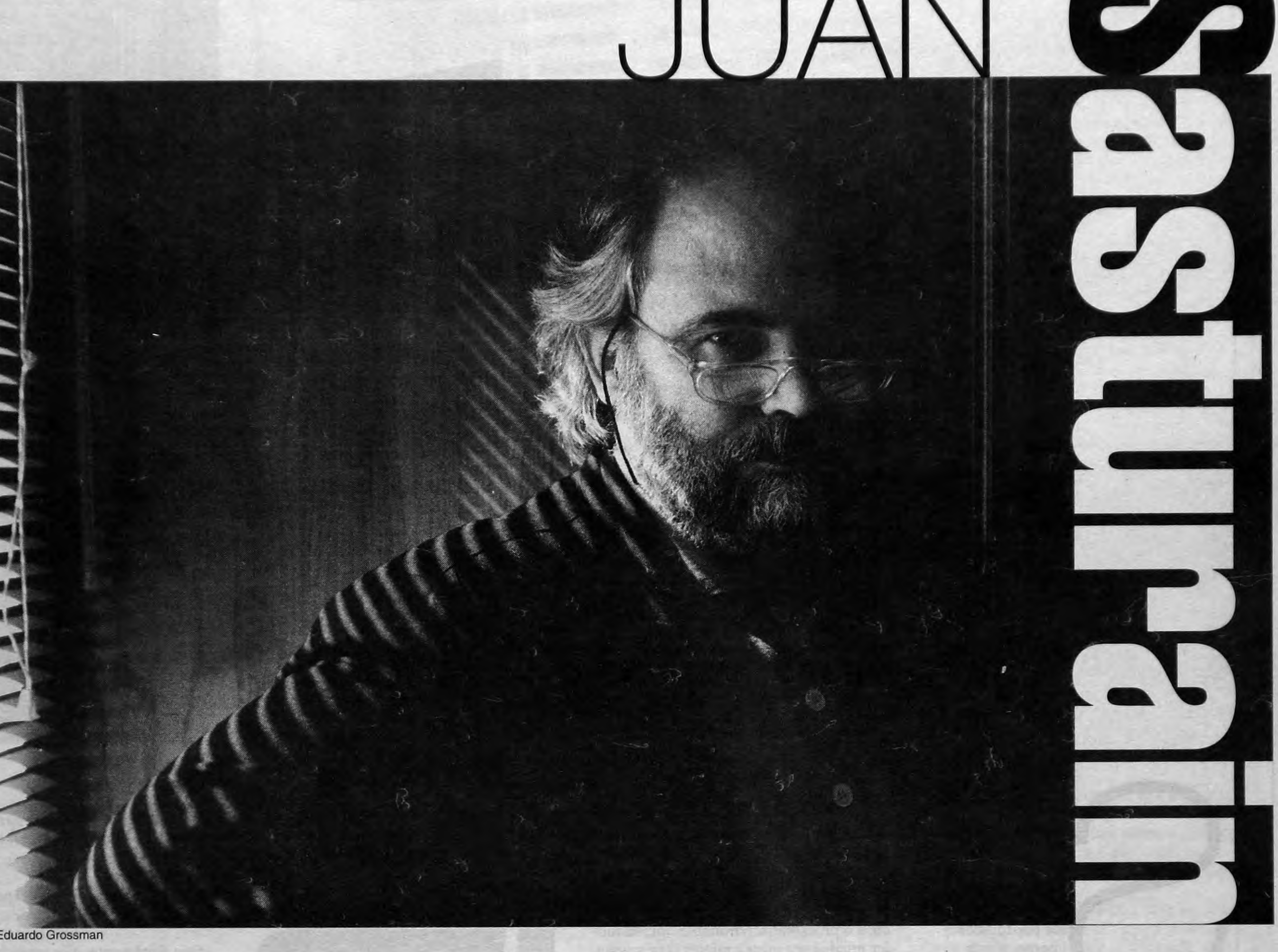
JUAN Sasturain



Eduardo Grossman

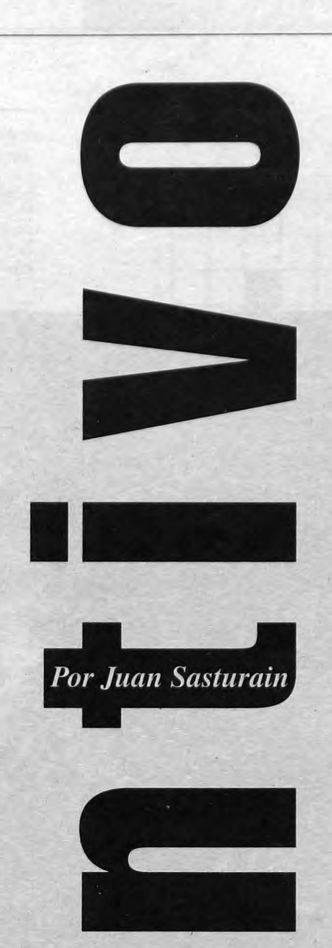
"Subjuntivo" es un ejercicio de estilo o de lo que sea: escribir –con algunas trampitas– todo un relato usando sólo ese modo verbal. Me gustó mucho hacerlo como juego, como desafío. No porque tuviera nada importante que decir o que contar. La idea original tiene más de diez años. La primera versión debe ser de fines de los ochenta y casi seguro que la escribí en Barcelona; escribía mucho entonces. Hay una contratapa de **Página/12**, que se llama "Pugliera o Pugliese" y se pretende ingeniosa, que es de esa época y habla de los modos verbales: ahí se dice, más o menos, que a diferencia del soberbio indicativo que pretende saber lo que el mundo es, fue o será, o del tonto imperativo que trabaja de flecha mandona –gestos propios de la divinidad– el subjuntivo es el modo plenamente humano, el lugar del deseo y su revés mellizo, el miedo. Tan sutil, vacilante de matices, tan latino que en inglés no se consigue. Supongo que esas ideas estaban ahí cuando escribía; pero no es seguro.

Siempre me gustó Girondo. El texto 21 de *Espantapájaros* arranca con "Que los ruidos te perforen los dientes...", y sigue así con una serie de alevosas maldiciones subjuntivas hasta el final. Hay dos cosas –el modo y el protagonismo de la segunda persona– que están en "Subjuntivo". Ojalá hayan venido de ahí. Pero lo de la segunda persona es raro, porque lo usé también en otro cuento de esa época, "Con tinta sangre", y no sé muy bien por qué. Me acuerdo de "La modificación", de Butor, pero me parece que tiene más que ver con ciertas formas habituales en la canción popular: hay muchísimos tangos y boleros que –como tantos poemas líricos– andan por ese tono: "Acaso te llamaras solamente María..." empieza, memorable, Cátulo. Lo que sí creo recordar es que la revelación del sujeto del relato –quién habla en el texto– es posterior, se dio durante la escritura y me sirvió para cerrar la historia dentro de las convenciones del policial o del relato de misterio. Y eso, aunque forzado y artificioso, también me gustó.

En cuanto a la historia en sí, ya en la saga de *Perramus*, que es de esa época, anduve lidiando con la idea del que se despierta y no sabe quién es, es decir: cuál es su culpa. Las sutiles o alevosas manganetas del olvido, una idea que siempre vuelve, paradójicamente inolvidable. Ahora, releyendo, se ven otras cosas: en la manipulación del destino de otro hasta un final prefijado sólo demorado por necesidades de teorema ético o simplemente experimental, hay como siempre huellas borgeanas: el persuasivo Subjuntivo, como el gordo Arroyo de *Los sentidos del agua*, tiene cosas de Acevedo Bandeira, claro.

El texto tuvo más reescrituras y agregados que difusión. El detalle del dragón y cierto énfasis erótico, por ejemplo, son tardíos, y tienen que ver con circunstancias puntuales de publicación: el medio previsto y la ilustración que lo acompañaría. No recuerdo si llegó a salir entonces en España. Después apareció en Buenos Aires en una revista elegante que lo diagramó como quien tira los dados y a la que se le entreveraron los párrafos y no se entendía nada. Nadie se dio cuenta: mal síntoma. De todos modos, este cuento que tanto me gusta nunca se publicó en libro. Así que llega hasta acá (casi) virgen, si es que esa relatividad existe y tiene alguna importancia.

Juan Sasturain





Subjuntivo

Por Juan Sasturain



Supongamos que te despiertes un día desnudo en la cama de un cuarto vacío e impecable, que tu única certeza sea un vago dolor por todo el cuerpo, y que sientas que es sólo el residuo de un gran dolor anterior, ya en retirada; que mires alrededor y no reconozcas el lugar, ni tu propio rostro en el espejo te diga nada, que disfrutes de la visión del parque en la ventana, que sepas el nombre de las cosas pero no el tuyo. Que apenas el idioma en que esté escrito el diario abandonado junto a tu cabecera te resulte comprensible, pero no los personajes de los que hable, ni la ciudad ni la fecha al pie de un título inexpresivo.

Que en cierto momento alguien entre al cuarto y sepas quedarte sin preguntar pero además compruebes, con alivio inexplicable, que tampoco te pregunten; que en horas y en días sucesivos personas formales e impenetrables se ocupen de alimentarte, vestirte, mostrarte una ciudad que te resulte vagamente familiar, como conocida en un sueño; que todo transcurra de un modo natural, que nadie te ordene nada, pero que sepas, simplemente, qué ha de suceder cada día.

Que una noche te despierte el rumor del roce de las sábanas a tu lado y sientas deslizarse un cuerpo desnudo y cálido; que la mujer o el cuerpo que la represente sea joven y saludable, distante pese a la evidencia de su entrega; que su piel tenga el sabor y los detalles de lo conocido que no sepa su nombre, que cuando respires junto a su boca sientas el aire usado, la devolución de un aliento vivido.

Que te entregues dócil a esas sensaciones y esperes una revelación inminente y que no llegue.

Que esa noche puedan ser varias noches o una sola interminable, que la mujer puedan ser otras mujeres o la misma, multiforme pero siempre más cómoda y simple al exponer su pasión sin palabras, un silencio elocuente que agradezcas. Que en la facilidad del contacto, en el modo como te busque cada vez, te acoples y finalmente la penetres, exista una naturalidad implacable, como si el cuerpo obrara con una rutina sensual que reconozcas pero no puedas describir. Que ella se vuelque una y otra vez sobre ti, como oleadas de cálida memoria que te invadieran desde los sentidos; que su lengua acaricie el interior de tu boca como si tú no estuvieras allí y sólo existiera el tanteo dulce e insistente en tu húmeda oscuridad buscando algo perdido que tú posees y ella busque para mostrarte; que sus pechos te revelen, sutiles, lentos y fugaces, el vello erizado de tu propia espalda, un mapa ignorado que ella dibuje con leves contactos espaciados, apenas pespuntes que evoquen un dolor ambiguo; que sus muslos te rocen suavísimos pero reiterados, un modo de lijar tiernamente tu piel, buscar algo más por debajo, como si quitaran capas de pintura a un mueble antiguo y olvidado de su auténtica madera. Que todo esto suceda una vez y muchas veces pero que finalmente salgas de ese cuerpo y su influencia como de una espiral, lentamente hacia afuera, alejándote de ese centro oscuro hacia la luz, y que en el dragón tatuado sobre el tibio muslo desvelado al amanecer reconozcas el mismo monstruo interrogante que te espere cada mañana en el monograma de las toallas, en la loza de tu mesa diaria.

Que esa revelación no te quite el sueño pero que lo pueble desde entonces.

Que finalmente, una mañana, alguien cortés pero no cordial te lleve por pasillos largos y salones vacíos hacia la salida, que te suba a un coche negro pero no sombrío, y que recorras con él la ciudad sin nombrarla; que ya en las afueras lleguen a una casona de ladrillos gastados, vieja pero no abandonada, donde tras las cortinas siempre sea de noche; que te conduzca por pasadizos sucesivos, franqueándote herméticas puertas de hierro y madera hasta llegar a la habitación donde alguien te espere, y que el que te haya llevado le diga, antes de dejarte a solas con él:

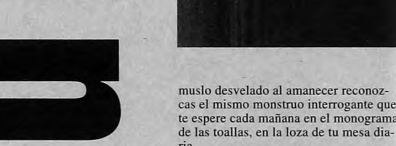
–Todo tuyo, Subjuntivo...

Que el hombre que te observe sentado sea gordo y viejo, con cara de niño ferozmente envejecido bajo la luz cenital y única que caiga sobre su escritorio desnudo, sólo ocupado por el ominoso dragón de bronce que reconozcas en un extremo; que sin decir una palabra el hombre meta una mano laxa en el interior de la chaqueta y que cuando esperes que extraiga un arma o alguna forma de la amenaza sólo te extienda un sobre: que lo abras y descubras en el interior una fotografía en la que dos hombres, ante lo que has de suponer un repentino flash, antepongan las infructuosas palmas de las manos, se aterroricen. Que te resulten desconocidos y lo manifiestes, y que el llamado Subjuntivo no se muestre extrañado sino que te diga, pre-

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

Subjuntivo

Por Juan Sasturain



Eduardo Grossman

Supongamos que te despiertes un día desnudo en la cama de un cuarto vacío e impecable, que tu única certeza sea un vago dolor por todo el cuerpo, y que sientas que es sólo el residuo de un gran dolor anterior, ya en retirada; que mires alrededor y no reconozcas el lugar, ni tu propio rostro en el espejo te diga nada, que disfrutes de la visión del parque en la ventana, que sepas el nombre de las cosas pero no el tuyo. Que apenas el idioma en que esté escrito el diario abandonado junto a tu cabecera te resulte comprensible, pero no los personajes de los que hable, ni la ciudad ni la fecha al pie de un título inexpresivo.

Que en cierto momento alguien entre al cuarto y sepas quedarte sin preguntar pero además compruebes, con alivio inexplicable, que tampoco te pregunten; que en horas y en días sucesivos personas formales e impenetrables se ocupen de alimentarte, vestirte, mostrarte una ciudad que te resulte vagamente familiar, como conocida en un sueño; que todo transcurra de un modo natural, que nadie te ordene nada, pero que sepas, simplemente, qué ha de suceder cada día.

Que una noche te despierte el rumor del roce de las sábanas a tu lado y sientas deslizarse un cuerpo desnudo y cálido; que la mujer o el cuerpo que la represente sea joven y saludable, distante pese a la evidencia de su entrega; que su piel tenga el sabor y los detalles de lo conocido que no sepa su nombre, que cuando respires junto a su boca sientas el aire usado, la devolución de un aliento vivido.

Que te entregues dócil a esas sensaciones y esperes una revelación inminente y que no llegue.

Que esa noche puedan ser varias noches o una sola interminable, que la mujer puedan ser otras mujeres o la misma, multiforme pero siempre más cómoda y simple al exponer su pasión sin palabras, un silencio elocuente que agradezcas. Que en la facilidad del contacto, en el modo como te busque cada vez, te acoples y finalmente la penetres, exista una naturalidad implacable, como si el cuerpo obrara con una rutina sensual que reconozcas pero no puedas describir. Que ella se vuelque una y otra vez sobre ti, como oleadas de cálida memoria que te invadieran desde los sentidos; que su lengua acaricie el interior de tu boca como si tú no estuvieras allí y sólo existiera el tanteo dulce e insistente en tu húmeda oscuridad buscando algo perdido que tú posees y ella busque para mostrarte; que sus pechos te revelen, sutiles, lentos y fugaces, el vello erizado de tu propia espalda, un mapa ignorado que ella dibuje con leves contactos espaciados, apenas pespuntes que evoquen un dolor ambiguo; que sus muslos te rocen suavísimos pero reiterados, un modo de lijar tiernamente tu piel, buscar algo más por debajo, como si quitaran capas de pintura a un mueble antiguo y olvidado de su auténtica madera. Que todo esto suceda una vez y muchas veces pero que finalmente salgas de ese cuerpo y su influencia como de una espiral, lentamente hacia afuera, alejándote de ese centro oscuro hacia la luz, y que en el dragón tatuado sobre el tibio muslo desvelado al amanecer reconozcas el mismo monstruo interrogante que te espere cada mañana en el monograma de las toallas, en la loza de tu mesa diaria.

Que esa revelación no te quite el sueño pero que lo pueble desde entonces.

Que finalmente, una mañana, alguien cortés pero no cordial te lleve por pasillos largos y salones vacíos hacia la salida, que te suba a un coche negro pero no sombrío, y que recorras con él la ciudad sin nombrarla; que ya en las afueras lleguen a una casona de ladrillos gastados, vieja pero no abandonada, donde tras las cortinas siempre sea de noche; que te conduzca por pasadizos sucesivos, franqueándote herméticas puertas de hierro y madera hasta llegar a la habitación donde alguien te espere, y que el que te haya llevado le diga, antes de dejarte a solas con él:

–Todo tuyo, Subjuntivo...

Que el hombre que te observe sentado sea gordo y viejo, con cara de niño ferozmente envejecido bajo la luz cenital y única que caiga sobre su escritorio desnudo, sólo ocupado por el ominoso dragón de bronce que reconozcas en un extremo; que sin decir una palabra el hombre meta una mano laxa en el interior de la chaqueta y que cuando esperes que extraiga un arma o alguna forma de la amenaza sólo te extienda un sobre: que lo abras y descubras en el interior una fotografía en la que dos hombres, ante lo que has de suponer un repentino flash, antepongan las infructuosas palmas de las manos, se aterroricen. Que te resulten desconocidos y lo manifiestes, y que el llamado Subjuntivo no se muestre extrañado sino que te diga, precisa y casi casualmente:

–Acaso te convenga averiguar quiénes sean o hayan sido estos dos... Dónde, cuándo y por qué hayan estado ahí, donde estuvieran, en el momento de la foto... –y que al decirlo te señale con un dedo corto y blando el rectángulo en blanco y negro, una ampliación evidente–. Supongamos que para averiguarlo tuvieras dos semanas de plazo y que pudieras utilizar todos los recursos que haya en este edificio, puestos a tu disposición...

–¿Una especie de test? –acaso preguntes.

–Supongamos que sí... –se te conceda.

–Supongamos que no pueda ni deba negarme... –te atrevas a parodiar.

–... Y supongamos que cuando llegues al final, todo esto haya acabado -acaso concluya él, se levante, te dé una fría mano tatuada de dragones y te deje solo.

Pueda ser que una vez más no preguntes nada, que aceptes la tarea con el alivio inexplicable de alguien que se sospechase culpable, aunque no supiera de qué. Y pueda ser que durante los siguientes días te empeñes en cumplir tu misión y que no te resulte tan difícil, pues en ese extraño edificio todo y todos no hagan otra cosa que complacerte.

Que tu tiempo se divida desde entonces en largas jornadas diurnas de investigación y noches saturadas de fantasmas sin nombre. Que el día y la penumbra se alimenten ciegamente de una misma sustancia inasible: que durante la vigilia y el trabajo evoques a la reiterada mujer del dragón, luego al dragón aislado sobre la piel, como una rúbrica al final de un documento desconocido; pero que cuando vuelva la oscuridad te lleves al lecho, junto a ella, las obsesiones avivadas por los trabajos del día.

> **"Que esa noche puedan ser varias noches o una sola interminable, que la mujer puedan ser otras mujeres o la misma, multiforme pero siempre más cómoda y simple al exponer su pasión sin palabras, un silencio elocuente que agradezcas."**

Que en dos semanas, con sorprendente facilidad y utilizando medios que te resulten oscuramente familiares –archivos gráficos completos, dossiers personales que imagines de acceso privado, todos los recursos propios de una organización secreta– llegues a descubrir la identidad de los extraños; que luego identifiques el lugar, esa sala cinematográfica, ese teatro semiabandonado en la que hayan sido asesinados –pues de eso se trate–, y finalmente averigües la fecha exacta, no muy lejana, del crimen. Que llegues a reunir, incluso, todos los datos disponibles sobre el asesino –no su identidad, sí sus peripecias: huida, captura y desaparición– y que te atrevas a pedir una reunión con Subjuntivo para mostrarle tus logros.

Que la entrevista te sea concedida y que sean escuchadas con atención tus deducciones sin duda correctas. Que finalmente, cuando hayas terminado tu exposición, que Subjuntivo la apruebe con una sonrisa cansada y te diga que nunca hubiese esperado menos de ti. Que en ese momento se lleve por segunda vez la mano al bolsillo interior de la chaqueta y extraiga un nuevo sobre, un poco mayor y más abultado, y te lo entregue para que lo abras. Que saques una carta y una foto; que te detengas primero en ésta, que sea la misma que la anterior pero ampliada –que puedas ver ahora el signo del dragón tatuado en la palma de las manos extendidas hacia adelante por los desgraciados– y, con mayor campo, que ahora se revele la presencia de alguien en primer plano, de espaldas pero reconocible –sobre todo para ti– disparando a los dos aterrorizados.

Supongamos que el que dispare en la foto seas tú.

Que te asombres, que pidas o des explicaciones pero que Subjuntivo no se inmute ni parezca oírte y sólo te indique que leas la carta.

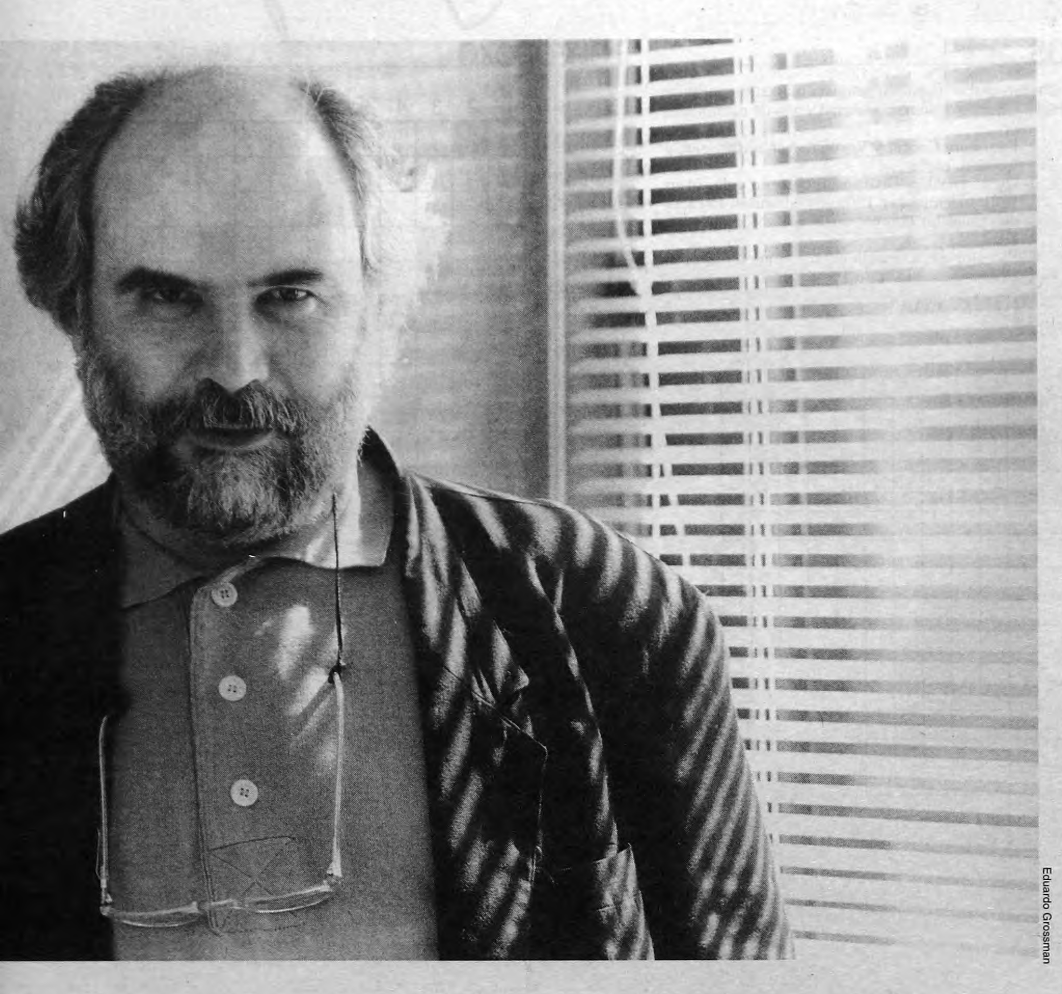
Supongamos que la leas, que sea este mismo texto, que acaso en un relámpago de precaria lucidez se te revele ahora el sentido de la tarea encomendada y de esas amables visitas nocturnas, exploradoras sutiles no de tu cuerpo sino de tu memoria; supongamos que cuando levantes la mirada te encuentres con la mía y que yo, yo mismo, Subjuntivo, te diga:

–Supongamos que hayas matado a dos de los míos y que no lo recuerdes. Que ni siquiera sepas quiénes sean los míos o los tuyos y que eso no importe ya. Que en el duro trámite de tu captura hayas perdido accidentalmente memoria e identidad pero no aptitud y raciocinio. Que no hayamos querido matarte en la ignorancia –esa forma sutil y tramposa de la inocencia–, para que no lo creyeras injusto y te autocomplacieras en el dolor, te otorgaras alguna razón mentirosa.

Supongamos que te hayamos incitado por todos los accesos de la piel y de la mente para desvelarte tu oscuro secreto; que te desordenáramos los sentidos en el amor o su simulacro, que te entregáramos las claves para que tu inteligencia convocara a la memoria. Supongamos que hayamos creído que para que el castigo fuera tal debieras sentir culpa y no sólo miedo en este momento.

Supongamos, finalmente, que yo sólo haya querido que cuando saque este revólver, dispare y te mate, acaso no sepas quién muera pero sí entiendas por qué. ■

Se reproduce aquí por gentileza del autor.


Eduardo Grossman

cisa y casi casualmente:

–Acaso te convenga averiguar quiénes sean o hayan sido estos dos... Dónde, cuándo y por qué hayan estado ahí, donde estuvieran, en el momento de la foto... –y que al decirlo te señale con un dedo corto y blando el rectángulo en blanco y negro, una ampliación evidente–. Supongamos que para averiguarlo tuvieras dos semanas de plazo y que pudieras utilizar todos los recursos que haya en este edificio, puestos a tu disposición...

–¿Una especie de test? –acaso preguntes.

–Supongamos que sí... –se te conceda.

–Supongamos que no pueda ni deba negarme... –te atrevas a parodiar.

–... Y supongamos que cuando llegues al final, todo esto haya acabado -acaso concluya él, se levante, te dé una fría mano tatuada de dragones y te deje solo.

Pueda ser que una vez más no preguntes nada, que aceptes la tarea con el alivio inexplicable de alguien que se sospechase culpable, aunque no supiera de qué. Y pueda ser que durante los siguientes días te empeñes en cumplir tu misión y que no te resulte tan difícil, pues en ese extraño edificio todo y todos no hagan otra cosa que complacerte.

Que tu tiempo se divida desde entonces en largas jornadas diurnas de investigación y noches saturadas de fantasmas sin nombre. Que el día y la penumbra se alimenten ciegamente de una misma sustancia inasible: que durante la vigilia y el trabajo evoques a la reiterada mujer del dragón, luego al dragón aislado sobre la piel, como una rúbrica al final de un documento desconocido; pero que cuando vuelva la oscuridad te lleves al lecho, junto a ella, las obsesiones avivadas por los trabajos del día.



Que esa noche puedan ser varias noches o una sola interminable, que la mujer puedan ser otras mujeres o la misma, multiforme pero siempre más cómoda y simple al exponer su pasión sin palabras, un silencio elocuente que agradezcas.

Que en dos semanas, con sorprendente facilidad y utilizando medios que te resulten oscuramente familiares –archivos gráficos completos, dossiers personales que imagines de acceso privado, todos los recursos propios de una organización secreta– llegues a descubrir la identidad de los extraños; que luego identifiques el lugar, esa sala cinematográfica, ese teatro semiabandonado en la que hayan sido asesinados –pues de eso se trate–, y finalmente averigües la fecha exacta, no muy lejana, del crimen. Que llegues a reunir, incluso, todos los datos disponibles sobre el asesino –no su identidad, sí sus peripecias: huida, captura y desaparición– y que te atrevas a pedir una reunión con Subjuntivo para mostrarle tus logros.

Que la entrevista te sea concedida y que sean escuchadas con atención tus deducciones sin duda correctas. Que finalmente, cuando hayas terminado tu exposición, que Subjuntivo la apruebe con una sonrisa cansada y te diga que nunca hubiese esperado menos de ti. Que en ese momento se lleve por segunda vez la mano al bolsillo interior de la chaqueta y extraiga un nuevo sobre, un poco mayor y más abultado, y te lo entregue para que lo abras. Que saques una carta y una foto; que te detengas primero en ésta, que sea la misma que la anterior pero ampliada –que puedas ver ahora el signo del dragón tatuado en la palma de las manos extendidas hacia adelante por los desgraciados– y, con mayor campo, que ahora se revele la presencia de alguien en primer plano, de espaldas pero reconocible –sobre todo para ti– disparando a los dos aterrorizados.

Supongamos que el que dispare en la foto seas tú.

Que te asombres, que pidas o des explicaciones pero que Subjuntivo no se inmute ni parezca oírte y sólo te indique que leas la carta.

Supongamos que la leas, que sea este mismo texto, que acaso en un relámpago de precaria lucidez se te revele ahora el sentido de la tarea encomendada y de esas amables visitas nocturnas, exploradoras sutiles no de tu cuerpo sino de tu memoria; supongamos que cuando levantes la mirada te encuentres con la mía y que yo, yo mismo, Subjuntivo, te diga:

–Supongamos que hayas matado a dos de los míos y que no lo recuerdes. Que ni siquiera sepas quiénes sean los míos o los tuyos y que eso no importe ya. Que en el duro trámite de tu captura hayas perdido accidentalmente memoria e identidad pero no aptitud y raciocinio. Que no hayamos querido matarte en la ignorancia –esa forma sutil y tramposa de la inocencia–, para que no lo creyeras injusto y te autocomplacieras en el dolor, te otorgaras alguna razón mentirosa.

Supongamos que te hayamos incitado por todos los accesos de la piel y de la mente para desvelarte tu oscuro secreto; que te desordenáramos los sentidos en el amor o su simulacro, que te entregáramos las claves para que tu inteligencia convocara a la memoria. Supongamos que hayamos creído que para que el castigo fuera tal debieras sentir culpa y no sólo miedo en este momento.

Supongamos, finalmente, que yo sólo haya querido que cuando saque este revólver, dispare y te mate, acaso no sepas quién muera pero sí entiendas por qué. ■

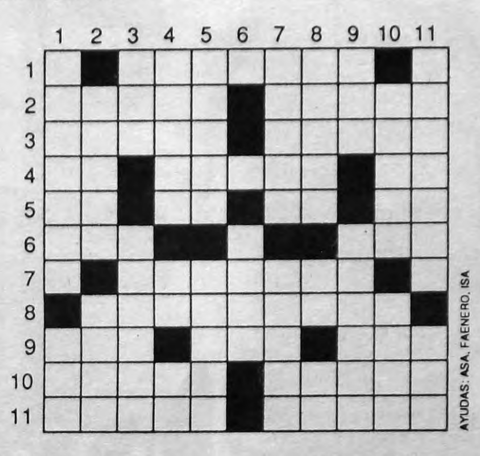
AVENTURAS Y AVENTUREROS

¡Cómo han hecho volar nuestra fantasía juvenil estos novelistas! Espadas, peligro y heroísmo, oprimían y dilataban los corazones. Recordemos las obras de estos famosos, su nacionalidad y año de nacimiento.

1. Cada autor escribió otras obras: Jack London, "El llamado de la selva"; Salgari, "Sandokán"; Verne, "5 semanas en globo"; quien nació en 1789, "El piloto"; y el de 1863, "Capitán Dieppe".
2. Uno de los estadounidenses nació en el siglo XVIII. El otro y Hope Hawkins, Salgari y Verne en el siglo XIX.
3. Los autores de "Corsario negro" y "Prisionero de Zenda" nacieron con un año de diferencia. Fenimore Cooper y Verne fueron anteriores, y London, posterior.
4. Quien escribió "El último mohicano" falleció en 1851; el francés en 1905; el italiano en 1911; el de "Colmillo blanco" en 1916; y el inglés en 1933.
5. El autor de "Corsario negro", que no nació en 1863, se suicidó en Milán en 1911.
6. Nadie vivió más de 100 años, y quien falleció en 1851 no fue el que nació en 1828.

		AUTOR					AÑO NACIMIEN.					PAIS				
		Cooper J.F.	Hawkins H.	London J.	Salgari E.	Verne Julio	1789	1828	1862	1863	1876	EE.UU.	EE.UU.	Francia	Inglaterra	Italia
NOVELA	Colmillo blanco															
	Corsario negro															
	Miguel Strogoff															
	Prisionero de Zenda															
	El último mohicano															
PAIS	EE.UU.															
	EE.UU.															
	Francia															
	Inglaterra															
	Italia															
AÑO NACIMIEN.	1789															
	1828															
	1862															
	1863															
	1876															

ORTODOXO



HORIZONTALES

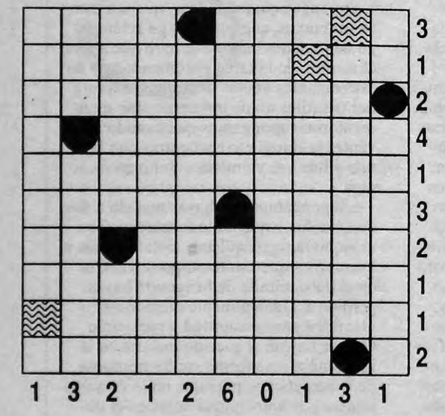
1. Deporte que se practica con armas blancas.
2. Revolvía alguna sustancia./ Rompe, desgarra.
3. Causar, ocasionar./ Proceda, derive.
4. Abreviatura de usted./ Gorjea./ Terminación de aumentativo.
5. Símbolo del renio./ Interjección para animar./ Terminación de infinitivo./ Dativo de pronombre de primera persona.
6. Río de Lombardía./ Preposición: causa.
7. Partera.
8. Cría de la rana.
9. Sonido agradable./ Aféresis de nacional./ Aire popular de las Canarias.
10. Levantado./ Especie de empanada.
11. Cesta de boca estrecha para echar la pesca (pl.)./ Inundación, crecida.

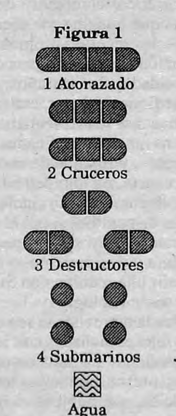
VERTICALES

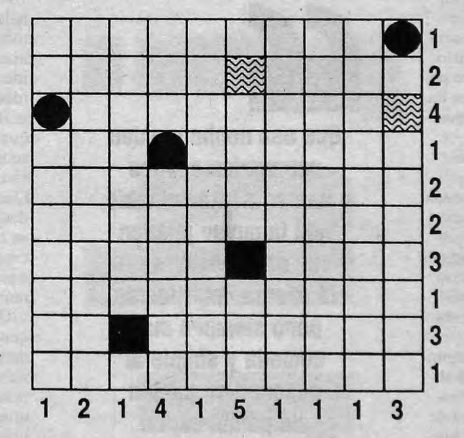
1. Taponar./ Preposición: ausencia o falta.
2. Consumíos por el fuego./ Acción de rozar.
3. Letra griega./ Divertidas, alegres.
4. Número cabalístico./ Prefijo privativo./ Dona, cede.
5. Zarpa, mano provista de uñas poderosas./ Aféresis de napolitanos.
6. Cetáceo de los mares del Norte.
7. Diosa griega de la paz./ Serpiente nocturna de gran tamaño.
8. Sacar la leche de los pechos succionando con la boca./ Sodio./ Medida japonesa de longitud.
9. Medida de sensibilidad de una película./ Especie de canuto que sirve para tomar bebidas.
10. Duende./ Atreveos.
11. Obrero agrícola./ Organo locomotor de las aves.

BATALLA NAVAL

En cada tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en las figuras 1 y 2. Sólo se conocen algunos de los cuadros ocupados por la flota, y algunos de los que están invadidos por agua (tal como se indica en el interior de cada tablero. Fíjese que las formas le indican si se trata de una punta de barco, de un submarino completo, etc.) Además, al pie de cada columna y al costado derecho de cada fila, se indica con números cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca, para cada tablero, la situación de la flota. Tenga en cuenta que en todos los cuadros alrededor de cada barco hay agua.



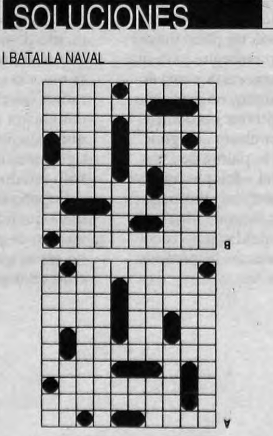






SOLUCIONES

BATALLA NAVAL



AVENTURAS Y AVENTUREROS

"Colmillo blanco", London, 1876, EE.UU.
"Corsario negro", Salgari, 1862, Italia.
"Miguel Strogoff", Verne, 1828, Francia.
"Prisionero de Zenda", Hawkins, 1863, Inglaterra.
"El último mohicano", Cooper, 1789, EE.UU.

ORTODOXO

